

LAS AVENTURAS DE
**ALFRED
& AGATHA**
LOS DIEZ PÁJAROS ELSTER

Ana Campoy



edebé

LAS AVENTURAS DE
**ALFRED
& AGATHA**
LOS DIEZ PÁJAROS ELSTER

Ana Campoy



edebé

© Ana Campoy, 2011
© Ed. Castellana: edebé, 2011
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño de las cubiertas e ilustraciones: Álex Alonso

Primera edición, octubre 2011

ISBN 978-84-683-0301-7

Depósito Legal: B.

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para José Luis y Matilde, mis padres.

Índice

1. El Barrio Este.....	7
2. En busca de Agatha.....	25
3. Un caso muy extraño.....	37
4. Información de primera mano	57
5. Una merienda inesperada	77
6. Los pájaros de la señora Elster	105
7. Intrusión nocturna	125
8. Demasiados secretos	149
9. La pajarera	169
10. Con las manos en la masa	179
Epílogo	195
¿SABÍAS QUE...?	208

Capítulo 1

El Barrio Este

La hélice del avión giraba y giraba de forma que era casi imposible verla. A pesar de poseer unas aspas bastante minúsculas y de ser un modelo de fabricación tosca y algo desproporcionada, el juguete surcaba fugaz el encapotado cielo de la calle. Su vuelo era altivo. Era como si ni el viento ni las hojas que viajaban revoltosas de un muro a otro de la ciudad fueran capaces de parar la increíble velocidad que las alas del avión habían alcanzado.

High Road no era más que la avenida principal del humilde pero no menos pintoresco Barrio Este. Las callejuelas y los comercios proliferaban entre los tejados irregulares que coronaban el barrio. Y entre ellos sus gentes, dedicadas por completo al trabajo y a sus vidas ajetreadas, caminaban apresuradamente de aquí para allá hasta que la noche cubría el horizonte de la incipiente ciudad de Londres.

La mayoría de los peatones que transitaban por la acera de High Road jamás miraban hacia arriba. Sus cabezas estaban acostumbradas a seguir siempre al frente, dedicando total atención a sus tareas sin que ningún estímulo inútil pudiera distraerlos.

Alfred pensaba que eso no era algo de lo que alguien debiera estar orgulloso. Desde la ventana de su habitación, percibía cosas como ésa y pensaba en lo aburrida que debía de ser la vida de alguien que se pierde todo lo que hay desde el horizonte hacia arriba. Y aquella ocasión no era diferente al resto. Había podido comprobarlo hacía un momento, cuando encaramado a su ventana del primer piso, lanzó el avión hacia la calle. Éste comenzó a planear sobre las cabezas de la gente y ni uno sólo de aquellos seres que abarrotaban la avenida se dio cuenta del revoloteo del intruso. Del mismo modo, tampoco nadie advertía jamás la constante presencia de Alfred a través del cristal de su ventana. Normalmente los otros niños decidían emplear su tiempo libre jugando al balón o liando alguna que otra travesura, pero él prefería dedicar las tardes a estar en casa y desarrollar sus dibujos e inventos, como la réplica del planeador *Coanda-1910* que en esos momentos sobrevolaba los tejados de la calle.

El avión continuaba su valeroso trayecto sorteando los toldos y los cables eléctricos, ajeno por completo a los pensamientos de su joven creador. De repente, el juguete comenzó a perder altura y un golpe de viento lo obligó a girar a la izquierda. Alfred contuvo la respiración y cuando se percató de que su avión había ido a parar bajo una de las lonas del empedrado, apretó sus párpados con fuerza.

De pronto, un alarido encabritó al caballo de una de las carretas que atravesaban la calle. Era el señor Fisher, que acababa de salir de su pescadería mientras intentaba zafarse del *Coanda* descontrolado. Sacudía sus rechonchos brazos con torpeza, como si el juguete se tratara de un molesto enjambre de abejas. Aterrorizado, echó a correr calle abajo, pero apenas hubo recorrido unos cuantos metros, no tuvo más remedio que tirarse al suelo. El avión volaba ya a una altura de apenas tres palmos, y a pesar de la sorprendente astucia del pescadero, éste no pudo evitar que el juguete se llevara consigo su magnífico postizo de cabello natural, el cual había sido la comidilla del barrio durante varios meses.

Para desgracia de Alfred, el aparato pagó su osadía estrellándose contra el cristal del escaparate

del señor Fisher, que, enrabiado y fuera de sí, comprendió al instante quién debía de ser el culpable de aquella fechoría.

—¡¡¡Alfred!!!

* * *

—Pero ¿cómo puede estar tan seguro de que esto es cosa de mi hijo? —preguntó indignada la madre de Alfred.

El pescadero hervía de rabia. Su pecho se agitaba con violencia y las gotas de sudor le resbalaban por la cara, hinchada en sangre. No era la primera vez que el señor Fisher llegaba protestando a la tienda de comestibles de los padres de Alfred. Lo hacía si consideraba que las cajas de verduras apiladas en la calle tapaban el paso hacia su pescadería; si pensaba que la carreta de los pedidos se paraba demasiado tiempo frente a la entrada de su negocio; o si creía que el padre de Alfred consentía demasiado a su hijo, como parecía ser el caso. Era un hombre demasiado quisquilloso.

—¡Siempre es culpa suya! —rugió mostrando sus amarillos dientes de ave carroñera—. No hay per-

sona en todo el Barrio Este que esté a salvo de sus fechorías. Pasa todo el día maquinando trastadas y diabluras con esos cacharros del demonio...

Alfred intentó abrir la boca para protestar, pero sólo consiguió llenarla de aire. Sus inventos no eran ni mucho menos nada relacionado con el Diablo. Sólo eran proyectos interesantes que podrían ser muy útiles para la humanidad y que sin duda harían que la vida resultara mucho más cómoda. Tampoco tenía la intención de molestar al señor Fisher ni a nadie con ellos, pero estaba claro que en esa discusión él llevaba todas las de perder.

—Estoy harto de su hijo. Cuando no me roba las cajas del pescado para hacer alguna de sus locuras, espanta a la clientela con sus trucos raros. Hace tres semanas le pillé hurgando en el cajón de los cuchillos. Ayer me desapareció el saco de lona donde guardo los ganchos del pescado... ¡Y hoy esto!

—Pero, tras la última travesura, Alfred nos prometió que no volvería a las andadas. ¡Ese avión puede haberlo fabricado cualquiera! —argumentó la señora Hitchcock.

—¿Ah, sí? —espetó el pescadero con su voz inquisidora—. ¿Y qué me dice de esto?

El hombre sacó del bolsillo un trozo de madera verde y lo empuñó con furia mostrándolo a los señores Hitchcock. Abrió la mano y Alfred pudo distinguir el ala de su *Coanda-1910*, ya inservible. Más o menos en el centro del trozo de madera y escritas con un dudoso buen pulso, podían leerse las letras «A. H.», en color gris oscuro.

Alfred recordó cuánto le había costado recrear los planos del avión y el tiempo que había tardado en reunir todos los materiales para hacerlo volar. Se sentía orgulloso de haber podido construir la réplica del *Coanda*, una auténtica revolución de la ciencia, con lo poco que pudo tener a su alcance. Por eso había decidido culminar su obra grabando sus iniciales en el ala derecha. Ahora aquello no iba a servir más que para inculparle, y tanto trabajo sólo iba a conseguir meterle en más problemas.

El señor Hitchcock tragó saliva y tomó el fragmento de madera verde entre sus manos. A medida que sus ojos escudriñaban el pequeño trozo del ala, éstos se volvían más y más temerosos tras los cristales de sus anteojos. Finalmente, y tras un largo silencio, levantó la mirada y volvió a posar el pedazo del avión sobre la superficie del mostrador.

—Le aseguro que mi hijo no volverá a causarle más molestias, señor Fisher —sentenció mirando al indignado pescadero—. Puede usted estar seguro.

* * *

El padre de Alfred no parecía tan irritado cuando diez minutos antes se había despedido del señor Fisher frente a la entrada de su tienda. Ahora parecía como si todo el enfado le hubiera llegado de repente y lo pagara con la solapa del uniforme del colegio de Alfred, que, medio en volandas y aterrado, se preguntaba hacia dónde irían con tanta prisa.

El señor Hitchcock esquivaba con paso firme la multitud que caminaba a lo largo de High Road. Arrastraba a su hijo tras de sí, que bastante tenía con ocuparse de no caer al suelo mientras se escurría entre los viandantes que su padre iba dejando atrás.

—¡Se acabaron tus historias! ¿Me entiendes? —gritaba el señor Hitchcock con su voz ruda y agitada—. No quiero volver a verte enfangado en tus tonterías, ni revolviendo por la casa, ¡ni molestando al vecindario!

Alfred no se atrevía a mediar palabra. Era como si su padre se hubiera transformado de repente en el

pescadero, y a juzgar por la congestión de su rostro, no estaba la cosa para estupideces.

—¿No entiendes que tu madre y yo trabajamos muy duro cada día como para que vengas tú y lo estropees todo? —el señor Hitchcock continuaba vociferando—. Tienes la cabeza llena de pájaros y, si no eres capaz de comportarte como corresponde, tendré que asegurarme de que lo aprendas de una vez por todas.

¿Qué significaba eso? ¿Hacia dónde se dirigían? Las palabras resonaban a sentencia de muerte y Alfred las sintió en el estómago como punzadas heladas sucediéndose una tras otra. En esos momentos hubiera deseado desaparecer, no existir, haber inventado algún artilugio que le hiciera evaporarse de repente. Pero parecía que la tragedia se palpaba cada vez más, a medida que avanzaban calle abajo dejando atrás el barrio, su casa y la tienda.

El señor Hitchcock torció a la derecha y, tras un par de callecitas, de nuevo a la izquierda. Al fin, su destino apareció tras un carro de reparto que levantó un polvo espantoso. No podía ser cierto; se encontraban ante la comisaría de policía. El edificio de fachada de piedra gris se levantaba imponente, mirándole de manera inquisitoria. Alfred siempre había tenido

miedo a muchas cosas que para el resto del mundo podían resultar normales y cotidianas: no soportaba las alturas, odiaba los huevos, y como no podía ser de otra forma, tenía un pánico atroz a los agentes de policía. Su padre lo sabía muy bien, y puede que por eso se encontraran delante de esa mole repleta de señores con uniforme azul oscuro. Pero antes de que el niño pudiera reaccionar, el señor Hitchcock lo agarró de la oreja y ambos se introdujeron por el hueco de la puerta giratoria.

* * *

Las piernas de Alfred temblaban mientras esperaba a que su padre terminara de explicarle el caso al comisario. Se encontraba al otro lado de los ventanales que separaban el despacho del jefe del resto de la comisaría. Podía apreciar los gestos deformes de su padre, los cuales le señalaban como si se tratara un delincuente que fuera necesario aniquilar. El comisario Churchill escuchaba todo el asunto sentado en su silla de madera oscura. Era un hombre grueso y con cierta elegancia. Vestía un traje de lana gris a juego con sus anteojos y acariciaba las puntas de su promi-

nente bigote mientras atendía la charla de su padre.

Tras unos minutos, el señor Hitchcock terminó su sesión incriminatoria y el comisario asintió un par de veces. Éste se levantó, miró a través del cristal del despacho a los ojos de Alfred y esbozó una sonrisa maliciosa.

* * *

—¿Cinco días?! —gritó Alfred tras conocer su sentencia.

—Efectivamente. Cinco días en el calabozo le harán darse cuenta de la diferencia entre libertad y libertinaje —amenazó el comisario.

Alfred se sentía el ser más insignificante de la faz de la tierra. Desde que entró en aquel horrible edificio había intentado por todos los medios no echarse a llorar, pero no podía aguantar más y las lágrimas comenzaron a humedecerle las pupilas. Miró a su padre, pero fue inútil. Éste le ignoraba de un modo inflexible y él apenas podía mediar palabra.

—Entienda que soy el comisario de esta ciudad y que es mi deber aplicar la disciplina necesaria para que individuos como usted aprendan como es debido.

Viendo la que se avecinaba, Alfred ardía en deseos de clamar por su inocencia. El problema es que nunca se había visto capaz de luchar contra los castigos injustos.

—¡Pero yo no he hecho nada! ¡Tan sólo construí un *Coanda-1910*, el avión más impresionante de nuestro tiempo, y con tal mala pata que al volar acabó llevándose el peluquín del señor Fisher!

Alfred se quedó un tanto sorprendido. Las palabras habían aflorado de sus labios sin que su cabeza le hubiera dado permiso para hablar.

—Además de insurrecto, ¡es usted un mentiroso! —exclamó indignado el comisario—. Esos cacharros son contruidos por cuatro locos que se hacen llamar científicos, y pretende usted hacerme creer que ha conseguido imitar sus extravagantes procedimientos. Tranquilo, señor Hitchcock, yo me ocuparé de que su hijo encuentre la humildad que necesita dentro de los muros de esta comisaría. ¡Celador! —un funcionario acudió de inmediato tras la orden del comisario—. Encierre a este pillastre en la celda más oscura de nuestro calabozo.

Alfred se levantó completamente derrotado y echó a andar delante del celador.

Cuando hubo salido por la puerta, el comisario Churchill desarmó su agria compostura con una enorme risotada.

—¿Y dice que ese avión se llevó el peluquín de Fisher?

—Así es, señor comisario. No sé qué hacer con este muchacho. Tengo miedo a que cualquier día todos estallemos por los aires. Siempre está haciendo experimentos raros con todo lo que encuentra por el barrio. De todas formas, no estoy muy convencido de que una noche en el calabozo sea un castigo adecuado. A lo mejor estoy siendo demasiado duro. ¿Ha dicho usted que en la celda más oscura?

—Tranquilo, William, las celdas de esta comisaría disfrutan de unas comodidades excelentes —rió irónico Churchill—. Estoy convencido de que una noche de reflexión le hará escarmentar.

* * *

Ser preso era condenadamente aburrido. Alfred pensaba que debía de llevar cien años encerrado en su minúsculo habitáculo, pero cuando le pidió al celador que le dijera la hora, tan sólo habían pasado diez mi-

nutos desde la última vez que se lo había preguntado.

El cuchitril en el que se encontraba no era precisamente un lugar cómodo. No había ni una miserable silla sobre la que sentarse, y la única opción era hacerlo en el suelo. Allí dentro olía fatal y hacía frío. Además, Alfred comenzó a sentir un gran vacío en la boca del estómago, cuando lo más seguro era que esa noche no hubiese cena.

Al menos, entre los largos barrotes de hierro se podía distinguir al carcelero que vigilaba las cuatro celdas de los calabozos. Estaba sentado en una minúscula banquetta con cara de pocos amigos y miraba embelesado el camino de hormigas que en esos momentos peregrinaba por el suelo de cemento. Seguro que el suyo no era un trabajo muy divertido.

Tras otro par de minutos que parecían transcurrir como horas, la gran puerta de hierro que comunicaba el calabozo con la parte de arriba se abrió de repente. Tras ella aparecieron dos hombres vestidos de negro que avanzaron por el pasillo de las mazmorras. Nada más advertir su presencia, el carcelero se puso de pie de un salto y se personó ante ellos dispuesto a seguir sus órdenes. Debían de ser personas muy importantes.

Los dos hombres, que parecían tratarse de un capitán y su subordinado, le susurraron algo al oído al carcelero. Acto seguido, éste les acompañó hacia la celda del fondo, la cual estaba pegada a la de Alfred.

De repente, una voz deshilachada surgió tras los barrotes de al lado.

—¡Soy inocente!

El niño no había caído en la posibilidad de que hubiera más presos aparte de él en aquella fría y desasosegante mazmorra. Cuando el carcelero le metió en su habitáculo, él no había podido apreciar ninguna otra figura entre la ristra de barrotes vecinos. Tampoco había sentido ningún tipo de presencia y ni siquiera había escuchado alguna otra respiración que no fuera la suya propia. Pero de pronto cayó en la cuenta de que había estado todo ese tiempo al lado de un tipo que habría llevado a cabo odiosas fechorías. Y comenzó otra vez a tener miedo.

El ruido del candado de al lado le devolvió de nuevo a la realidad. El celador empujó la puerta de barrotes de la celda contigua y el capitán y su acompañante se lanzaron dentro. Alfred comenzó a oír los forcejeos de los recién llegados y del extraño que habitaba el calabozo vecino.

—Por mucho que te resistas sabemos que fuiste tú, así que no inventes trucos. Ahora vas a venir con nosotros y nos dirás por fin la verdad.

El supuesto rufián parecía resistirse a salir de la celda, pero finalmente cedió ante la fuerza de sus captores. Se quedó parado en medio del pasillo mientras que el capitán colocaba unas esposas sobre sus muñecas temblorosas.

Alfred se acercó a mirar a través de los barrotes. El preso era un individuo grande y vigoroso, aunque su aspecto era el de un ser derrotado. Las facciones de su tez oscura le hacían parecer mayor, pero sus grandes pupilas de color verde le delataban como un tipo amable y sin dobleces. No parecía ni mucho menos un bandido o un asesino.

El hombre advirtió de repente la presencia de Alfred y le miró con sus enormes ojos. El chico retrocedió dos pasos, asustado. La mirada de aquel hombre era tan imponente que ahogaba el pequeño espacio que había entre los dos.

De pronto, aprovechando que el capitán se había alejado un momento para registrar la celda, ya vacía, el desesperado preso se lanzó contra los barrotes del cuchitril de Alfred.

—¡Por favor! ¡Ayúdame! ¡Tengo que salir de aquí!

La angustia de aquel hombre imploraba una respuesta, cualquier sonido o movimiento que le indicara cierta compasión, pero Alfred estaba tan asustado que no alcanzaba ni a pestañear. En cambio, permaneció inmóvil e intrigado por aquella extraña petición.

—Busca a Agatha... ¡Sólo ella podrá ayudarme! —gritó el hombre con desesperación.

No hubo tiempo para más. El capitán y su acompañante se lanzaron sobre él como dos perros de presa tratando de evitar que el tipo prosiguiera con el espectáculo. Le agarraron de la pechera y le llevaron a rastras por el pasillo. Alfred contenía la respiración mientras oía el sonido de las suelas del extraño sobre el pavimento y recordó esos ojos verdes llenos de angustia. En apenas un par de segundos comprendió que aquel hombre decía la verdad y que sólo tendría aquella oportunidad para averiguar lo que estaba ocurriendo. Hizo acopio de fuerzas y se agarró a los barrotes de su celda. El individuo ya desaparecía por la puerta de hierro de la mazmorra, aprisionado por sus captores.

—¿Dónde puedo encontrar a esa Agatha?!
—exclamó Alfred.

El hombre giró la cabeza y volvió a resistirse, como si le fuese la vida en ello.

—¡Agatha! ¡Agatha Miller! —gritó desde el fondo del pasillo—. ¡En el 27 de Brown Street! ¡Dile que es Víctor quien te envía!